

Paseo alrededor de la muerte.

Extracto del libro de Domingo García Sabell

Luis Capilla

Miembro del Instituto E. Mounier

En una sociedad que quiere vivir como si la muerte no existiera, un libro como el de Domingo García Sabell pasará desapercibido y será ignorado conscientemente. Para evitarlo, en la medida de nuestras posibilidades, nos hacemos eco de su contenido como invitación a su lectura.

Se trata de rodear la muerte, pues la muerte es impenetrable. Heidegger afirmó esto tan definitivo y tan indiscutible: «La muerte es la posibilidad más personal que hay en nosotros por ser la menos conmutable». Y suya es también la cita de aquel paisano que afirmaba que toda criatura humana desde que nace ya está dispuesta para la muerte.

Posee la muerte muy complicados aspectos, en el biológico, constituye una regresión, una vuelta atrás; en el antropológico es la constatación de la más cruel negatividad, a saber, la que elimina a la persona; en el sociológico, viene siendo una especie de servidumbre que resulta necesario ocultar; en el moral, una constante fuente de problematismo.

La incógnita de la muerte está estrechamente ligada a la de la enigmática sustantividad del Ser. Y no olvidemos que el máximo

indagador de este último misterio, Heidegger, afirma ya al inicio de Ser y tiempo que todo lo que vino después de las elucubraciones de Platón y Aristóteles sólo consistió en «desviaciones y retoques».

No obstante al autor —García Sabell— le parece que «quien cierra la incógnita de la muerte... por lo menos desde la perspectiva de la «razón vital» es Ortega y Gasset, cuando escribió:

Yo no creo que en la vida humana haya problemas absolutos. Lo único que es absoluto es la muerte y por lo mismo no es un problema, sino una fatalidad.

Vivimos en la actualidad anegados por la concepción de la estructura del individuo como esencialmente constituido por la sustantiva presencia, dentro de nosotros mismos, de la acción deletérea de la muerte, inesquivable compañera que acaba por consumirnos definitivamente... nos tenemos que encaminar por los caminos que el genio de Heidegger desarrolló.

Hay una cosa difícil de comprender y aún más difícil de concretar... ¿en qué consiste el Ser?»

Ahora bien, el único ente de la

realidad mundana capaz de preocuparse por el enigma del Ser es el hombre... es necesario entrar en la disección de la vida humana para acceder al misterio de la estructura y la significación universal del Ser. Por eso nuestro filósofo echó mano de la palabra «Dasein» (en la acepción vulgar «existencia») y la descompuso en su bimembre constitución para subrayar el sentido de «Ser ahí» (Dasein)... El hombre se encuentra lanzado, arrojado y para captarlo en su radical trascendencia es necesario disecar el tiempo, que no consiste en el tiempo vulgar sino en el éxtasis de sus componentes ineludibles, esto es, el pasado, el presente y el futuro.

El «Sein-zum-Tode», el «ser para la muerte» constituye la base misma de la existencia ... Somos mortales... ¿Por qué? Pues sencillamente porque la llevamos —la muerte— dentro de nosotros. Porque somos en definitiva, tiempo y tiempo hecho carne. El tiempo es el cáncer supremamente destructor del que nadie escapa.

Creo —dice el autor— que nuestra época puede definirse como el tiempo de la caída de las prohibiciones. Unas veces de manera súbita, otras de forma lenta y callada, los tabúes colectivos van

desapareciendo... pero hay tiempos en los que la acción de los tabúes parece suspendida. Son las épocas del silencio, las épocas de la mudez individual y de la mudez colectiva... La sociología inglesa afirma que el gran tabú del siglo xx es la muerte.... Estamos en el reino de la negación de la muerte. No queremos saber nada de ella. Nos estremece. Perturba nuestra conciencia... Por eso delante de la muerte callamos...

Morimos porque envejecemos. Y envejecemos aunque no enfermamos. Envejecemos porque nos gastamos, porque nuestra energía vital se agota y nuestras estructuras somáticas se deterioran.

La mort. En el libro de Maeterlinck hay un dicho que anticipa claramente la actitud espiritual del hombre europeo que vino después: «Es bueno adquirir poco a poco la costumbre de no entender nada» ... Es el secreto del tremendismo y del nihilismo actuales. Y de muchos radicalismos.

Dicha frase es verdaderamente atroz. Es un grito pero el grito de imposibilidad denuncia por sí mismo una actitud romántica... en nuestro tiempo se está viviendo diariamente el contraste entre las facilidades técnicas y los desvalimientos del pensamiento. El poderío de las máquinas no va parejo con el poderío del conocer. La manipulación no es la conciencia. El hombre va a la Luna, pero no entiende el Universo. Triunfa de las dolencias, pero no sabe como es el hombre, manipula el átomo, pero no clarifica el núcleo central de la materia...

Pascal deseaba no pensar. Maeterlinck deseaba abrirse a la resignación. Entremedias, la ciencia aspira a alargar la vida intramundana...

Los sustitutos dialécticos de la muerte son hoy la agresividad, la violencia, el manejo instrumental de la agonía, la prolongación de la vejez, la acción por la acción, el

fanatismo y la imposición solapada de la irracionalidad....

Desde los estoicos hasta las más recientes filosofías, desde Platón a Edgar Morin, pasando por las intuiciones conmovedoras de Landsberg, un enorme rosario de teorías, suposiciones, presupuestos, aclaraciones y profundizaciones abarrotan nuestro saber deductivo sobre el misterio tanático... Pero en este problema no se trata de teorizar, sino de experimentar. Pero la muerte es, por definición, inexperimentable. Recordemos a este propósito la afirmación de Epicuro en su Epístola a Meneceo: «Mientras nosotros somos, la muerte aún no está presente, y cuando lo hace, entonces nosotros ya no estamos».

Más adelante —García Sabell— trata la vejez como correlato de la muerte. «La vejez —dice— es una situación biológica y biográfica en la que, de algún modo, se anticipa la vivencia de la muerte... El anciano, cuando conserva un cierto sentido de la realidad, intuye dolorosamente la terminación de la vida. Para muchos la vejez es una etapa del desarrollo humano...».

Lo que de verdad hay, lo que realmente existe es una continuidad interrumpida... lo que se llama continuum vital.

Ahora bien, ese continuum, a pesar de su monotonía evolutiva... esta caracterizado ... por lo que en términos fisiológicos y en términos citológicos, se denomina la atrofia.

La atrofia está inscrita, como un plan preestablecido, en el seno de la materia viva. Con ella de la mano camina la muerte. La muerte es proceso. Un intercambio con las efectividades de la vida. Un equilibrio lábil entre las energías biológicas y la fuerza debilitadora de la atrofia...

Un mayor cuidado de la persona puede, por lo menos, retardar

la plena efectividad de la atrofia senil, pero no la elimina...

La vejez acecha siempre, acecha continuamente, y encubre bajo sus harapos orgánicos la garra descarnada de la muerte...

Puede, por tanto, predicarse que a lo largo de los años va tomando forma la vejez, y dentro de esa formalización cronológica brota, ineluctablemente, la senescencia. La senescencia sería, pues, según creo, la vejez marcada por la atrofia.

Si la vida es un continuum... si posee estructura evolutiva es porque, en definitiva, la vida es tiempo. El tiempo, por su parte, no puede detenerse. El envejecimiento, tampoco.

Hay un dato positivo: la gran capacidad de adaptación del anciano que convive con su extremada vulnerabilidad para resistir importantes y graves dolencias. Hay un deterioro ingénito del cuerpo envejecido —y justamente en eso consiste envejecer.

Y —al final del libro de García Sabell— hay un capítulo dedicado a «los viejos ilustres». Así escribe:

Hasta ahora he pintado un lienzo un tanto sombrío de la vejez. Con todo, las cosas no siempre marchan por ese camino. También hay vejez ilustres, ancianidades extremadamente valiosas y ejemplares. No son numerosas, pero son modélicas.

Por una parte, tenemos los viejos que alcanzan muchos años sin una perturbación física. Y con un funcionamiento espiritual normalísimo. En nuestros ancianos hay ocasión de ver, de vez en cuando, alguno de estos formidables patriarcas en los que la longevidad parece, y en muchas ocasiones lo es, el resultado último de una constante obra de artesanía en el estilo de vida. Son los hombres tranquilos, serenos, de acuerdo constante consigo mismos, sensa-

tos, de buen consejo y segura amistad. Al final, a los ochenta, a los noventa años, ahí están con nosotros, erguidos, firmes, invariables e inmovibles como recias vigas en la existencia del hogar comunal. Un día les llega la muerte. Y la reciben con idéntico sosiego, con igual parsimonia que cualquier otro suceso de vulgar apariencia. Muertos están hermosos. Y dejan tras de sí el recuerdo entrañable de un paisaje familiar.

Envejecieron de cuerpo, pero mantuvieron encendida la llama de la juventud. Fueron el arquetipo de lo contrario de la vejez, fueron el arquetipo de la apertura generosa, de la apertura gozosa al mundo.

De estos hombres no tiene demasiado que decir la ciencia médica.

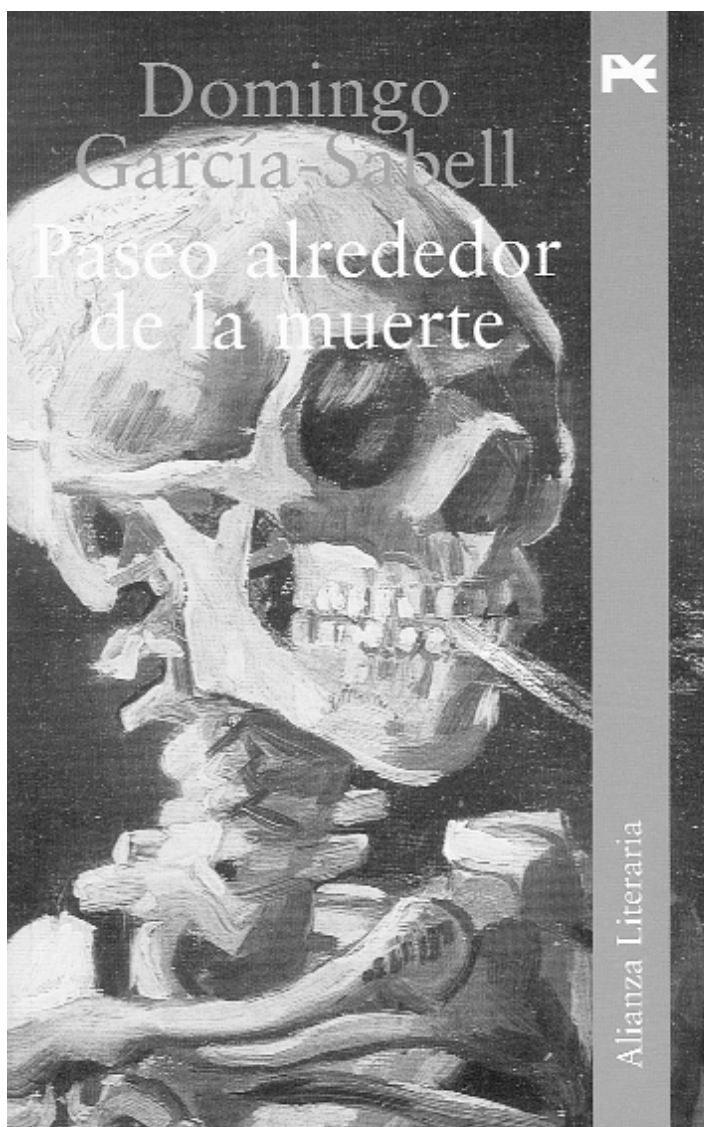
O bien ellos suscitan en nosotros, en los curadores, excesivos interrogantes, demasiadas dudas sobre el entrelazado causal entre el soma y el espíritu. Dudas que nos llevan al silencio respetuoso...

Ni síndrome de Diógenes, ni proceso de pérdidas sucesivas ni enquistamiento ni apatía, sino al contrario, actividad, alegría, apropiación y paz.

Todo nos hace pensar que, en estos casos, lo que no se vive, ni consciente ni inconscientemente, es la vejez como agonía. Parece entonces que la energía de la vida, el poder de suscitación de la vida, fuera capaz de borrar cumplidamente las heridas traicioneras del paso de los años....

Al lado de los viejos que yo llamaría normales están los viejos con capacidad de creación.

Todos conocemos los casos que tradicionalmente se citan: Goethe, que escribe el segundo *Fausto* entre los setenta y los ochenta



años; Bernard Shaw, activo y lúcido en plena senectud; Humboldt, que compone su *Kosmos* (cinco volúmenes) entre los setenta y seis y los ochenta y nueve años; Bach, creando maravillas en edad avanzada; Kant, gravemente enfermo, pero destilando siempre ideas de enorme calado, etc.

Hasta aquí García Sabell. Y podemos acabar este breve extracto

de *Paseo alrededor de la muerte* diciendo que este precioso libro, su autor lo ha escrito nada menos que a la edad de noventa años. Digámoslo, aunque no sea el mérito lo que justifica una vida de tan avanzada edad, sino más bien lo que una mujer de esta edad respondió a un médico que le dijo que, a ella, ya no le quedaba más que hacer que morir: «sí, pero es tan bello ver vivir a los demás».